

algar

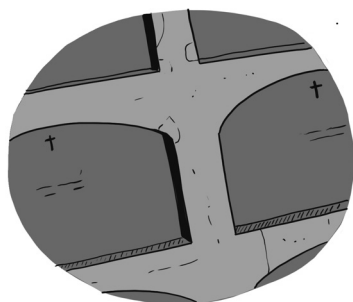
COLECCIÓN
CALCETÍN

¿Puedo borrarme de vampiro?

Braulio
Llamero

Dibujos de
Laura
Pérez





1

Reunión de vampiros

Glóbulo odiaba las reuniones de vampiros.

Convocaban una cada año. Nada menos. Puede que parezca poco, pero si eres inmortal es una barbaridad.

—A las doce en el castillo del conde Plasmático. Allí nos vemos. Sé puntual y no como de costumbre.

Eso le advirtió su tutora antes de salir de casa.

A Glóbulo le disgustaban las reuniones anuales. Tampoco le veía ninguna ventaja a ser vampiro.

«¡Con la de cosas que uno puede ser y me ha tocado esto!», pensaba a veces.

Miró el reloj de pared que a sus tutores tanto les gustaba decorar con telarañas. Quedaba bastante

para las doce. Pero, si quería ser puntual, más le valía empezar a prepararse. Aún le resultaba complicado transformarse en murciélago.

Ese era otro motivo por el que odiaba ser vampiro. No puedes viajar como cualquier persona. ¡Oh, no! Tiene que ser volando y con el cuerpo de uno de los bichos más feos que existen. Tampoco puedes entrar en ningún lugar por la puerta. ¡Eso es una vulgaridad! Para ser elegante, hay que hacerlo por una ventana.

Ya ves tú la tontería. ¡Menuda pérdida de tiempo! Primero, tienes que pasar de persona a murciélago. Después, vete volando; acierta con la ventana; pasa otra vez de murciélago a persona; reúnete; vuelve a transformarte en murciélago para regresar; y cuando llegues a casa, retoma la forma humana.

¡De locos!

—El primer vampiro tuvo que ser tonto de remate —protestaba algunas veces.

—Eso no se dice, Globi. Haz lo que hagan los mayores. Las cosas tienen siempre su razón de ser.

Para sus tutores, todo estaba bien. Era inútil plantearles nada.

«Tendré que hablar con el conde Plasmático».

Eso pensó Glóbulo aquel día, mientras aleteaba (bastante mal, por cierto) hacia el castillo Tenebroso. Su propietario, el conde Plasmático, tenía más de mil años. Era el jefe de los vampiros. Algunos le tenían miedo. Otros decían que era como un

padre al que puedes pedir consejo. Y justo eso era lo que estaba necesitando él.

«Sí, creo que lo haré. Ya que debo soportar la reunión, aprovecharé para contarle al conde mis problemas. Los tutores no me entienden. Soy un incomprendido. Eso le diré. Y a ver».

Casi llegó a tiempo. Solo se confundió de ventana dos veces. Lo peor de esos errores es que solo una ventana del castillo suele estar abierta. Y te llevas un trastazo horrible si quieres entrar por cualquiera de las otras.

—¡Si es que no miras! —le reñía su tutor, cada vez que se enteraba de esos fallos.

Glóbulo se justificaba:

—¿Cómo voy a mirar, si los murciélagos no ven ni torta?

—¡Tienen radar!

—No me aclaro con él.

Lo de ser murciélago lo llevaba atravesado en todos los sentidos. ¡Con la de pájaros bonitos que hay en el mundo y tuvieron que elegir al animal volador más feo! Y para colmo, medio ciego.

Pese a todo, Glóbulo entró ese año bastante satisfecho en el Castillo Tenebroso. Solo dos golpes y apenas tres minutos de retraso. No era para que sus tutores, si lo estaban viendo, quedasen demasiado descontentos.

De momento, no los vio. Tenían que estar allí, porque ellos jamás llegaban tarde. Pero el gran salón donde se había convocado el encuentro anual estaba hasta arriba de vampiros. Como murciélagos cabían sin problemas, pero al ir adoptando forma humana aquello se había puesto a reventar.

El conde Plasmático ocupaba una especie de trono sobre un estrado alto, para que pudieran verlo desde cualquier punto. Uno de sus ayudantes golpeó un gong, gritando:

—¡Silencio!

En cuanto los vampiros callaron, el conde se levantó. Era altísimo, flaco y con la piel más blanca que un papel.

A Glóbulo le dio envidia su estatura: podría ser jugador de baloncesto, si quisiera.

Lo que no le pegaba ni con cola era la voz. En vez de tenerla grave, áspera, ronca, fuerte, la tenía aflautada, aguda, chillona e incluso ridícula:

—¡Bienvenidos a nuestra reunión anual, queridísimos chupasangres!

Los vampiros sonrieron. El conde añadió, casi sin respirar:

—¡Bienvenidos todos... menos uno!

Los vampiros dejaron de sonreír.

Y detrás de Glóbulo, una voz dulce y cantarina susurró:

—A alguien se le va a caer el pelo. O los colmillos.



2

Zampacuellos

Glóbulo se volvió. Tras él estaba una pequeña vampiresa que debía de tener su edad, unos doscientos cincuenta años como mucho. Era pelirroja, tenía pecas, los ojos un poco achinados y la sonrisa azucarada.

—¿Qué has dicho de pelo y de colmillos?

Ella se abrió paso a codazos para situarse a su altura.

—Ya sabes. Si alguno ha hecho algo gordo, lo desdentarán casi seguro.

—¿Le arrancarán los dientes?

—Solo los imprescindibles: los dos colmillos superiores. Los de succionar.

El conde Plasmático era el único vampiro capaz de volar incluso cuando no era murciélago. En

ese momento se elevó, clavando la mirada en la pequeña vampiresa.

—¿Quién se atreve a hablar estando yo en el uso de la palabra?

Glóbulo se apresuró a colocarse delante de ella, apretó los labios como si en su vida los hubiera abierto y miró al techo con aire despistado.

—¿Algún problema, pequeño Glóbulo Rojo?

Al conde le gustaba decir el nombre completo, con apellido y todo.

—Solo uno, señor conde. Como hay tantos vampiros, los pequeños no vemos ni un pimiento. ¿Podemos subirnos a la mesa?

Glóbulo señalaba una gran mesa de madera que estaba en el centro del salón.

—No me parece mal. Los menores de trescientos años, si hay alguno más, pueden subirse a la mesa.

—¡Gracias, señor conde!

Glóbulo hizo un gesto a la pequeña vampiresa y subieron ambos a la gran mesa alargada. Incluso sentados, veían perfectamente y estaban comodísimos.

—¿Los bajitos podemos subir también, aunque tengamos más edad? —preguntó un vampiro mayor que no medía ni metro y medio.

—¡No! —respondió la voz chillona del conde, que había regresado al suelo.

La mesa quedó solo para los dos únicos menores de edad que al parecer asistían al encuentro.



—¡Gracias! —susurró a Glóbulo la vampiresa de voz cantarina—. Me llamo Oscura Luz.

Pero él no respondió y además se puso rojo. Acababa de ver a sus tutores, sentados en lugar preferente, detrás del conde Plasmático. Lo miraban, se reían, e incluso le pareció que su tutora le guiñaba un ojo.

—Bien —prosiguió el conde en ese momento—. Habréis observado que casi no cabemos. Y os preguntaréis: ¿Cómo es posible, si los vampiros no nacemos y casi no morimos? ¿No deberíamos ser siempre el mismo número, ni más ni menos, ni menos ni más? Yo mismo os contesto. Hay alguien entre nosotros que ha olvidado, ¡que ha querido olvidar!, nuestra más inamovible orden, norma, ley o instrucción. Hasta el más pequeño de nuestros vampiros está al tanto. ¡Dínoslo tú mismo! ¡En voz muy alta para que te oigan todos!

El dedo largo y huesudo del conde estaba señalando a Glóbulo. Oscura le susurró, nerviosa:

—Contesta o te desdentará.

Él carraspeó y dijo con voz firme:

—«¡El buen vampiro solo extrae la sangre necesaria para alimentarse, sin matar al portador!».

—¡Exacto! ¡Ahí está! Incluso el más pequeño de nosotros está al tanto, como veis. Se os repite miles de veces. Nadie debe morir cuando estamos alimentándonos. ¿Por qué? ¿Porque somos compasivos? ¿Porque nos dan pena los hombres, mujeres

o animales cuyos cuellos atacamos? ¡¡NO!! Los vampiros no sabemos lo que es pena ni practicamos compasión. Tratamos de evitar su muerte para que no se transformen en nuevos vampiros. De lo contrario, seremos demasiados y no habrá cuellos para todos. Pues bien, hoy, aquí, en este salón, somos muchos más que el año pasado porque alguien no está respetando esa norma.

El conde Plasmático calló. Sus ojos parecían hogueras. Daba miedo. Volvieron a desatarse rumores nerviosos por la sala. Todos sabían lo que iba a ocurrir. El culpable tenía que confesar de inmediato. Era lo mejor, dentro de lo malo.

Los vampiros se miraban, miraban a un lado y otro. Hasta que al fin vieron a uno bastante gordo tratando de abrirse paso.

—¡He sido yo! —confesó al llegar ante el conde—. Cuando empiezo a beber, no puedo parar. Y se me mueren los donantes. ¡Pero es sin querer!

—¡Zampacuellos! ¡Tú tenías que ser! —chilló el conde—. ¿Quién, si no? Miradlo. Es un tonel por no controlar su glotonería. Un vampiro no puede engordar así. Y es fácil de entender por qué. Veamos, ¿aún puedes transformarte en murciélago?

El vampiro Zampacuellos respondió mirando al suelo, con voz muy temblorosa:

—Transformarme, sí. Pero no puedo volar. Peso demasiado. Hoy he tenido que entrar por la puerta.

El conde Plasmático alzó la mirada:

—¿Lo veis? Se arruina la vida y nos crea problemas a los demás. ¿Solución? Solo cabe una. ¡Por su bien y por el nuestro, debemos desdentar a Zampacuellos!

Un escalofrío general recorrió el salón repleto de vampiros.